

RECENSIONES REVIEWS

MUSSI, Margherita (2001), *Earliest Italy. An Overview of the Italian Palaeolithic and Mesolithic*. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers. XVIII + 399 páginas y 141 figuras incluidas en texto. ISBN 0-306-46463-2.

Al igual que Grecia o España y Portugal, Italia ocupa una de las tres grandes penínsulas mediterráneas del sur de Europa, compartiendo caracteres medioambientales que indiscutiblemente han influido en las formas de vida de los grupos humanos, especialmente durante el Pleistoceno, período del que trata el libro que comentamos. Esta circunstancia bastaría para justificar una atención especial desde nuestra arqueología hacia la prehistoria de las otras dos penínsulas, pero el interés sólo es patente a partir del Neolítico y sobre todo para las etapas clásicas. La atención hacia momentos anteriores es sin embargo mucho menor, lo cual puede encontrar explicación en el caso de la península heládica, donde el Paleolítico apenas se ha investigado, pero en absoluto en el de Italia.

El volumen que comentamos demuestra el nivel de los conocimientos y proporciona una buena oportunidad para entrar en la problemática actual del Paleolítico y Mesolítico italianos, sin perder de vista la historiografía construida por varias generaciones de investigadores. M. Mussi plantea una aproximación interdisciplinar a las sucesivas etapas, analizando la cultura material y los aspectos sociales de los cazadores-recolectores pleistocenos en un contexto medioambiental que tiene en cuenta fauna, vegetación,

condiciones climáticas y problemas cronológicos. La exposición, rica en matices e hipótesis, apuesta por la discusión a fondo de las cuestiones más debatidas e insiste de forma especial en la interpretación de procesos. Aún sin poder entrar en el núcleo de los asuntos tratados, nos proponemos realizar un recorrido por estas páginas que permita comprender el alcance de un texto sistemático y exhaustivo, bien estructurado y con la coherencia añadida que sólo cabe esperar cuando se está ante la obra de un único autor.

Como en la mayoría de los países industrializados europeos, el estudio del pasado, la Prehistoria como disciplina, arranca en la primera mitad del XIX, y antes de finalizar el siglo se encuentra ya bien cimentado. Por citar hitos significativos, el *Bulletino di Paleontologia Italiana*, revista viva en la actualidad, nace en 1875 y en 1877 Luigi Pigorini ocupa en La Sapienza, la Universidad de Roma, la primera cátedra de Prehistoria. La excavación de las cuevas de Balzi Rossi, promovida antes de la I Guerra Mundial por Alberto de Mónaco fue, como en España la de Castillo, uno de los motores importantes de la Prehistoria italiana, acelerada en los siguientes decenios por la escuela romana de Pigorini en competencia con la de Florencia, donde G. A. Blanc, A. C. Blanc y P. Graziosi, desde una metodología más conectada al campo de las ciencias naturales, supusieron un interesante contrapunto.

En fechas más cercanas, desde los años 60 del pasado siglo, resultaría especialmente significativa la influencia de G. Laplace. Como apunta M. Mussi, la particular metodología laplaciana

—si el idioma, también como en el caso español, no era ya una notable barrera— fue en buena medida responsable del desconocimiento del Paleolítico superior italiano en el exterior, aportándole cierto halo de excepcionalidad que no favoreció su conocimiento. El reciente congreso de la UISPP en Forlì (1996) ha puesto finalmente el colofón a más de un siglo de intensa investigación, actualizando unos resultados imprescindibles para el conocimiento del Paleolítico europeo.

La importancia de las ocupaciones humanas iniciales, con las inevitables controversias cronológicas, se apoya en la existencia de modernas excavaciones y monografías interdisciplinares de calidad. Los problemas en torno a la cronología de Monte Poggiolo (Emilia-Romagna) y de La Pineta (Molise) se presentan en detalle, aportando un amplio elenco de fechas absolutas, algunas a veces casi silenciadas en beneficio de las que se ajustan mejor a determinadas hipótesis.

Venosa-Loreto, Notarchirico y Fontana Ranuccio son otras conocidas referencias dentro de este primer horizonte paleolítico, objeto así mismo de notables estudios sistemáticos y favorecidas por la posibilidad de realizar dataciones absolutas a partir de depósitos volcánicos relacionados. Una fecha entre 650 y 400 Ka estaría, según Mussi, razonablemente soportada por la evidencia contrastada para yacimientos como los mencionados y algunos otros de menor entidad, Valchetta-Cartonì por ejemplo, siendo en todo caso La Pineta el más antiguo de todos. En la industria lítica de estas localidades se distinguen conjuntos con piezas bifaciales en el utillaje pesado, y otros desprovistos de ellas —en Notarchirico alternan en la secuencia—, de manera que, una vez más, como subraya la autora, la proyección mecánica al Paleolítico Inferior europeo del modelo africano, industrias de cantos tallados más rudimentarias que las achelenses —y un millón de años posteriores al olduvayense africano— se revela incoherente. La industria registrada en estos yacimientos puede definirse como achelense y queda caracterizada por su variabilidad, en relación con las actividades realizadas en ellos y con las propiedades de la materia prima.

¿De donde procedían estos primeros “italianos”? El debate en torno a contactos con África a través de hipotéticos istmos sículo-tunecinos es tan largo como el que se refiere a Gibraltar en el

caso ibérico. Al filo de 1930 Vaufrey había pretendido cerrar el asunto descartando que las industrias “ibero-mauritanas” apoyaran la existencia de contacto; pero Alimen, en 1975, resucitaba la polémica, sobre argumentos del mismo corte, insistiendo en la presencia de hendedores de un lado y otro del Mediterráneo. En una brillante discusión retomada en capítulos sucesivos, Mussi descarta tanto la posibilidad de istmos con África y Sicilia, con el estrecho de Mesina —en una zona de alta sensibilidad tectónica— reducido en momentos glaciales, pero siempre abierto y peligroso. En el Paleolítico Superior se señalan posibles contactos esporádicos entre Sicilia y el continente, aunque una verdadera colonización no se comprueba hasta momentos avanzados, a partir de 13.000 BP, paralelamente a lo que se observa en las demás islas mediterráneas próximas a la costa.

El registro arqueológico correspondiente a la segunda parte del Pleistoceno Medio es particularmente rico en la región de Roma, donde las formaciones volcánicas, que ocupan más de 50.000 km² en el centro de Italia, permiten obtener aproximaciones cronológicas de una calidad casi única en Europa para estos tiempos. Algunos de los yacimientos más significativos, con espectaculares concentraciones de restos de elefantes y bóvidos junto a industria lítica achelense, los encontramos al norte de Roma en la Formación Aurelia (OIS 10 al 8), constituida por depósitos lacustres y fluviales. Torre in Pietra, Castel de Guido y La Polledrara, que podría corresponder a un momento ligeramente anterior, son las localidades mejor estudiadas. La utilización del hueso como soporte industrial en Castel de Guido sobre todo —ya antes en Fontana Ranuccio— es otra característica peculiar que merece ser destacada.

Los lagos de la Formación Aurelia constituyeron un nicho ecológico que favoreció la presencia estacional de herbívoros, atraídos por las frecuentes lagunas y charcas de aguas frescas o salobres, estancadas o corrientes, establecidas gracias al alto nivel marino. Las manadas congregadas en la estación seca pudieron ser fácil objeto de la depredación humana, centrada en los individuos débiles o atrapados en el fango y en el carroñeo de carcasas de ejemplares muertos. La

concentración de yacimientos en el área costera pone de relieve que los grupos humanos poseerían capacidad y organización suficiente para sacar partido de los efectos etológicos de la estacionalidad, igual que observamos en España en Torralba y Ambrona.

A una etapa inmediatamente posterior representada estratigráficamente por la Formación Vitina (OIS 7), corresponden otros sitios en la misma Roma, como Monte delle Gioia, Sedia del Diavolo o Cassal d'Pazzi, en una terraza media del Anio, y ya con industria lítica atribuida al Paleolítico Medio antiguo. Es la época en que emerge la complejidad y la diversidad tecnológica, expresada por conjuntos líticos con y sin utillaje bifacial y desarrollo del método levallois.

En el norte, los depósitos loésicos de la margen sur del Po cuentan con más de un centenar de localizaciones en superficie y alguna en posición estratigráfica –Ghiardo, Torrente Conca (OIS 7)–, donde junto a fauna e industria se observan restos macrobotánicos perfectamente conservados. También se señalan ocupaciones coetáneas en cueva, por ejemplo Quinzano (Verona) y Cueva del Príncipe (Liguria), cuyos niveles inferiores datan también del estadio isotópico 7. La estabilidad de estos asentamientos vendría propiciada por el control del fuego, una adquisición que comienza en esta fase, aunque se desarrollará plenamente en la etapa posterior.

Varios de los yacimientos de la segunda parte del Pleistoceno Medio citados han proporcionado restos humanos, si bien siempre fragmentarios y aislados. Se conocen en Quinzano, Príncipe, Castel de Guido, Casal d'Pazzi, Sedia del Diavolo, Ponte Mammolo y Cueva del Poggio. Llama en especial la atención el hallazgo en Altamura, cerca de Bari, en una cavidad profunda –una situación que recuerda la Sima de los Huesos de Atapuerca–, de un esqueleto humano completo y muy bien conservado, posiblemente del final de esta época (OIS 6). Se trata de un adulto de sexo masculino que se supone cayó a la sima, quedando atrapado y muriendo, no sin antes recorrer más de 60 metros de galerías.

Parte de la fauna típica del Pleistoceno Medio, como la tríada elefante, rinoceronte, hipopótamo, traspasa los comienzos de la última

glaciación y persiste en ambientes costeros hasta más allá del OIS 5. El hipopótamo desaparece pronto con el enrarecimiento de charcas y lagunas provocado por el descenso del mar y la reactivación inmediata de los procesos erosivos. Las condiciones frías y secas del subestadio isotópico 5d arrastrarán cambios en las manadas de herbívoros que pastan las llanuras. Comienzan a verse mamuts, paquidermos adaptados a las bajas temperaturas, y con el tiempo, en OIS 4, serán cada vez más frecuentes en el centro de Italia. En Monte Circeo, 100 km al sur de Roma, llegan a coincidir con los últimos elefantes que se resisten a desaparecer, especialmente en Apulia y Calabria (Cueva Cardamone).

Italia conocerá en definitiva, de OIS 5d a OIS 3 una variante sur de la estepa fría descrita por Guthrie en Europa central y oriental. Rinocerontes y elefantes sobreviven en áreas favorables, mamut, rinoceronte lanudo e incluso renos penetran y alguno puede llegar casi hasta ámbitos mediterráneos. Los bisontes se expanden hacia el sur, y también cabra y rebeco, si bien no llegan a desplazar del todo a uros y caballos –incluidos los hidruntinos–, ni a los ciervos, bien adaptados a las nuevas condiciones.

Los conjuntos de industria lítica corresponden a las facies musterienses clásicas, con excepción del Musteriense de tradición achelense, y con la adición del Pontiniense, una variante de Musteriense Quina, de acuerdo con la interpretación de M. Taschini, en la que se emplean con frecuencia cantos rodados de pequeño tamaño como soporte del utillaje. Se conocen en total unos 90 yacimientos con entidad fechados en el interglacial o en la primera parte del Würm, los principales en cueva, como Riparo Tagliente (Verona), Guattari (Monte Circeo) y Cueva del Cavallo (en Salento, la pequeña península del tacón de la bota italiana).

Algunas diferencias regionales parecen acusarse en estos conjuntos, que sobrepasan las oscilaciones climáticas del 38/33 Ka BP. El Musteriense típico es más frecuente en Liguria, Toscana y Calabria, mientras que el componente levallois (Musteriense típico y Ferrassie) predomina en las regiones del Norte y el Musteriense Quina –Pontiniense incluido– se registra sobre todo en el centro y sur de la península. De todas formas

estas tendencias pierden gran parte de su hipotética significación al apreciarse variaciones intra regionales equivalentes, que inducen a poner en relación las características tipológicas de la industria con la naturaleza y disponibilidad de recursos pétreos.

Como consecuencia de la regresión marina del OIS 4 la plataforma continental creció entre 10 y 20 km en toda la costa italiana y aún más en la desembocadura del Po, aunque en este caso resultarían terrenos poco propicios para la ocupación por la abundancia de zonas pantanosas. En el resto del país el espacio en torno a las cuevas litorales aumentó lo que provocó que fueran de nuevo utilizadas como hábitat. En cualquier caso la colonización neandertal de Italia llegaría a ser óptima, a juzgar por la continuidad y variedad de nichos ecológicos con presencia humana. Los asentamientos estables en cueva debieron tener un efecto positivo sobre la estructuración social del grupo y la organización del espacio, aspectos que pueden percibirse como innovaciones, aunque pudieran contar con antecedentes desconocidos. La peor conservación al aire libre introduce indudablemente un sesgo en la comparación con etapas anteriores, para las que casi todo el registro corresponde precisamente a sitios exteriores. La aparente inexistencia previa de un verdadero control del fuego sugiere en todo caso que las diferencias pudieron ser notables.

Tampoco se han documentado en esta fase atisbos de estructuras funerarias. La hipótesis de A. C. Blanc sobre indicios de canibalismo en el cráneo de Guattari, colocado en el centro de un círculo de piedras, ha sido descartada por las revisiones más recientes de Toth y White. Todos los restos humanos de este momento procederían de madrigueras de carnívoros, cubiles de hienas por lo general, sin que exista ningún elemento que soporte interpretaciones de tipo ritual o intencional.

La sustitución de los neandertales por poblaciones de tipo moderno constituye el siguiente foco de atención, un asunto sin duda de máxima actualidad y que concierne de manera especial a las tres grandes penínsulas mediterráneas europeas por la perduración contrastada, especialmente en Iberia, pero también, como veremos, en Italia, de los neandertales. El material

antropológico es, en todo caso, muy limitado, por lo que las observaciones se centran en la cultura material, que si no registra los rasgos físicos de sus autores puede relacionarse con ellos y acusar el proceso de cambio.

Las dataciones C^{14} obtenidas mediante AMS sitúan el comienzo del Paleolítico Superior hacia 34-36 Ka BP (edades sin calibrar), al desaparecer la tecnología levallois de lascas, sustituida por la confección en serie de láminas, laminillas y productos derivados. Después del trauma laplaciano, el Paleolítico Superior italiano ha recobrado el equilibrio indispensable para poder ser analizado y comprendido en un contexto geográfico amplio y significativo. Las relaciones entre Uluzziense y Chatelperroniense o las del Auriñaciense y más tarde el Gravetiense, más allá de los Alpes, con el territorio francés esencialmente, pueden ahora ser planteadas sin dificultad.

Se conocen en Italia unos 50 yacimientos, casi todos en cueva, con estratigrafías que incluyen niveles uluzzienses o auriñacienses superpuestos a musterienses. Entre los más intensamente estudiados se encuentra la cueva del Caballo, en la bahía de Uluzzo (Apulia), de la que toma el nombre el uluzziense, La Fabbrica (Toscana), Riparo Moschi (Liguria) y Riparo di Fumane (Veneto). Como en el caso del Chatelperroniense, la industria lítica uluzziense se relaciona con la musteriense y puede interpretarse como una evolución local de ésta, aunque no existan niveles que puedan definirse como transicionales. Mussi considera, con razón, normal esta circunstancia, pues si el estudio del material lítico suele permitir reconocer diferencias, casi nunca vale para aislar los pasos intermedios de un proceso de transformación.

Uluzziense y Auriñaciense se presentan siempre de forma sucesiva, nunca inter-estratificados o en orden inverso, si bien en bastantes localidades la ocupación corresponde a una sola de esas entidades y desde luego hay casos en que el auriñaciense sucede al musteriense, en especial en Liguria y el Veneto. Las dataciones absolutas autorizan a considerar que el musteriense perduraba en el norte cuando las industrias uluzzienses estaban implantadas en el centro y el sur de Italia y a su vez este horizonte subsistiría en Apulia cuando la industria auriñaciense era la norma en el resto del país.

Entre estos diferentes colectivos se producirían flujos de distinto signo con tendencias conservadoras y progresivas. La tendencia a elaborar utensilios líticos específicos para el trabajo de la madera, es un rasgo general del uluzziense, que se transmite a algunos conjuntos auriñacienses, especialmente cuando estas industrias se suceden en un mismo yacimiento, permitiendo suponer cierta imbricación temporal. Pese a la baja densidad de población que puede sospecharse, grupos de neandertales “uluzzienses” entrarían en contacto con humanos modernos “auriñacienses” contemporáneos.

La actividad volcánica en el centro y el sur del país fue intensa en esta época. Las mayores erupciones de los últimos 200 Ka tuvieron lugar precisamente entre 40.000 y 30.000 BP, con calderas particularmente activas que ahora yacen sumergidas en el golfo de Nápoles. Una de ellas, Pozzuoli, llegó a emitir más de 80 km³ de piroclastos, con explosiones de tipo vulcaniano –semejantes a las del Vesubio de 79 d.C. descritas por Plinio– que produjeron columnas de hasta 30 km de altura y cuyas cenizas se acusan en sedimentos submarinos a 1.500 km de distancia. Resultaron directamente afectados por las emisiones 14 millones de km², un enorme territorio en el que se redujo drásticamente la insolación durante generaciones, con unos tremendos efectos sobre la biosfera, entre ellos, finalmente, la desaparición quizás total de la presencia humana durante milenios en la península itálica.

Los episodios volcánicos catastróficos provocarían que el pleno Paleolítico Superior tardara aún cinco milenios en hacerse patente. La industria gravetiense, caracterizada por las láminas y laminillas de borde abatido, es conocida en Europa desde los 28 Ka B.P., mientras que en Italia comienza a registrarse tres milenios más tarde, acompañada ya por manifestaciones artísticas y rituales.

Si bien la influencia marítima amortiguó el frío del máximo glacial, sus efectos también se acusaron. Los análisis polínicos revelan paisajes áridos o semiáridos desprovistos de árboles. Las temperaturas eran inferiores a las actuales, aunque sin llegar a las gélidas cotas de latitudes más altas. Existían aparatos glaciares en los Alpes y los Apeninos, con nieves perpetuas desde los 1.700 m, a escasa distancia de la costa, en la

que el ambiente sería más templado, dando lugar a verdaderas áreas refugio para la fauna y la vegetación. El cambio climático llevó consigo importantes modificaciones en la configuración geográfica del territorio. La bajada del mar produciría por ejemplo la unión de Sicilia y Malta; sin embargo el estrecho de Mesina, afectado por una gran inestabilidad tectónica, parece que no llegó a cerrarse totalmente. Otras alteraciones de gran trascendencia para la ocupación humana fueron las del Adriático, donde una amplia llanura emergida llegaba hasta la actual Ancona y enlazaba directamente la llanura del Po con los Balcanes.

La investigación arqueológica ha continuado centrada en las cuevas, y especialmente en los importantes yacimientos del litoral, entre los que sobresalen las cuevas ligures de Grimaldi –Fanciulli y Riparo Moschi–, la de La Cala en la costa de Cilento (Campania) y Paglicci, en el monte Gargano, frente a la llanura de Foggia (Apulia). Paglicci, con ocupaciones desde el Auriñaciense al Epigravetiense, interrumpidas hacia 11.000 BP por el taponamiento fortuito de la entrada, contiene una de las secuencias de referencia para esta fase y para todo el Paleolítico Superior italiano. La Cala aporta otra completa estratigrafía, mientras que los importantes yacimientos del SE de Francia constituyen un referente imprescindible para las cuevas del Norte.

El registro antropológico resulta muy notable y revela unas pautas culturales del mayor interés. Los 16 enterramientos, varios de ellos dobles, datados en Fanciulli, Arene Candide y Paglicci entre 22 y 20 Ka BP, convierten Italia, junto con Moravia, en una de las regiones europeas con mayor número de restos humanos gravetienses. Las dataciones efectuadas los sitúan en el rango 20-22 Ka BP. En estas estructuras funerarias, la presencia casi exclusiva de adultos mayores de 12/14 años, la gran mayoría masculinos, indica una clara selección por sexo y edad. M. Mussi plantea un interesante análisis de contenido sociológico, y sugiere que puede tratarse de individuos fallecidos de forma brusca o imprevista, creando situaciones traumáticas en la colectividad y provocando una respuesta ritual singular.

La siguiente fase, el Epigravetiense inicial, contemporáneo del Solutrense, se desarrolla entre

20.000 y 16.000 BP, subdividiéndose en tres etapas, hasta fechas contemporáneas de los primeros magdalenenses de Francia y la Península Ibérica. El arte mobiliario y parietal, grabados, pinturas y objetos de adorno personal, constituyen uno de los elementos culturales más representativos del momento, pero sobre todo las esculturas femeninas. Se conocen diecinueve "Venus" en Italia, aunque casi desprovistas de contexto. El lote mayor, quince, proceden de las excavaciones realizadas por L. Jullien a finales del siglo XIX en Balzi Rossi. Ocho de ellas permanecieron en paradero desconocido largo tiempo y recientemente han sido recuperadas y estudiadas, con la intervención destacada de M. Mussi. La historia de las otras cuatro es también azarosa. Una, la de Savignano (Módena), se halló en 1925 en un depósito fluvial, siendo considerada neolítica durante algún tiempo. La Venus de Trasimeno (Umbria) se identificó en los fondos de un museo y las dos de Cueva Veneri (Apulia), recogidas por aficionados, carecen también de contexto conocido. Fabricadas unas en esteatita y otras en marfil, materias primas raras en Italia, pueden significar, en especial las últimas, contactos a larga distancia.

Paralelos lejanos se buscan también para el caballo inciso de Cavaglione y los tres caballos rojos, manos en negativo y grabados de Paglicci, del Epigravetiense inicial (c. 15,39 ± 0,2 Ka BP). Estas relaciones implican por otra parte movimientos de personas, no sólo desplazamiento de objetos, como podía bastar en el caso anterior.

Los últimos milenios del Pleistoceno, hasta 10.300 BP corresponden al Epigravetiense final, que se extiende por toda Italia y de forma muy significativa por el ámbito alpino. Los yacimientos de referencia siguen siendo cuevas, entre ellas Riparo Tagliente (Veneto), Polesini (Lazio) o Paglicci y Romanelli (Apulia). En Riparo Tagliente destaca la presencia de la tumba de un adulto (22-24 años) con grabados de uros y una leona asociados. Polesini, una cueva situada entre Roma y Tívoli, excavada en estos últimos años, ha proporcionado un impresionante conjunto de medio millón de piezas líticas y dos toneladas de restos faunísticos, así como arte mobiliario y restos humanos de 14 individuos. Representaciones artísticas notables se registran en Romanelli (Otranto), cerca del enterramiento de un adulto y un niño.

La dispersión de los yacimientos sugiere una ocupación desigual del territorio, así como una densidad baja y poco estable, circunstancias que llevan a interesantes reflexiones acerca de la viabilidad de estos colectivos. Precisamente en la fragmentación de la población encuentra M. Mussi los argumentos que ayudan a comprender la continuidad del registro arqueológico desde la primera implantación gravetiense.

En el Epigravetiense final el clima mejorará sustancialmente. El retroceso del hielo en los Alpes es franco a partir de 14.000 BP, y aún antes en los Apeninos. Los análisis palinológicos proporcionan abundante información del centro y norte de la península. En el país alpino se identifica una fase fría y seca anterior al máximo glacial, seguida por una oscilación suave anterior al Dryas reciente. Para el sur los conocimientos son menos detallados, pero aparentemente se desarrolló un monótono ambiente árido.

Los grandes carnívoros —oso de las cavernas, hiena, leopardos y leones— fueron desapareciendo, manteniéndose los de menor talla, como lobo, lince y glotón. Entre los ungulados subsistirá sin problemas el ciervo, pero el corzo llega a desaparecer, siendo reintroducido en tiempos históricos. La presencia de rebeco y cabra, constreñidos a la alta montaña, disminuye sensiblemente y desaparecen del paisaje megaceros y bisontes. El uro sin embargo persiste hasta la época romana, y los équidos también —incluso el caballo hidruntino, que llega al Neolítico—, al menos en las regiones del sur.

Los cambios que experimenta el paisaje vuelven a tener amplia repercusión sobre el hábitat humano. En la costa las amplias llanuras precedentes menguan a gran velocidad al tiempo que las montañas se hacen accesibles. La reducción de las llanuras litorales tiene consecuencias negativas para la ocupación de estas zonas. El área adriática resultaría muy afectada, perdiendo 50.000 km² que vuelven a quedar sumergidos. En compensación las zonas montañosas se ven paulatinamente colonizadas, los asentamientos son particularmente numerosos en los Alpes, incluso en cotas sobre los 2.000 m. Esta expansión en altura termina abruptamente, en el óptimo Atlántico, hacia 8.000 BP.

Apenas se conocen yacimientos en estos tiempos finales del Pleistoceno que no corres-

pondan a ambientes de litoral o de montaña, y no hay ninguno basado en la explotación sistemática de ambos medios. Como máximo los ocupantes de algunas cuevas litorales, caso de Paglicci, o las de Salento, en el extremo sur de Apulia, recurren ocasionalmente a las manadas de herbívoros de las llanuras interiores inmediatas. En todo caso Italia es una tierra de fuertes contrastes geográficos en donde la escasa distancia hace que mar y montaña lleguen casi a fundirse, en especial en el borde norte de los Apeninos, con cumbres que superan los 2.000 m a sólo 25 km del litoral. Nichos ecológicos muy diferentes se encuentran a pocas horas andando, una situación que a veces llega a notarse en algunos yacimientos.

Sicilia, una especie de "nueva frontera" para la época, conoce por primera vez una población estable, lo cual sin duda implica cierto dominio de la navegación, al menos para trayectos cortos, pues nada equivalente se observa en el caso de Cerdeña y otras islas mediterráneas más alejadas del continente, en las que no se fija la presencia humana hasta tiempos holocenos.

La actividad artística produce obras singulares, pero a juzgar por lo fragmentario del registro parece una práctica bastante excepcional. Entre 16.000 y 15.000 BP sólo se han señalado representaciones en Paglicci. Después del 13.000 BP el número de yacimientos es mayor, unos 30 –Romanelli, Riparo Villabruna, Riparo Tagliente, Levanzo, Addaura...–, la mayoría sólo con grabados. Se conoce en ellos incluso alguna escena compleja, por ejemplo el panel mejor conservado de Addaura, que muestra una docena de seres humanos de ambos sexos junto a équidos, uros y ciervos, tanto naturalistas como esquemáticos. Comparten el estilo naturalista del bestiaro con el resto del arte cuaternario final franco-ibérico, a veces con paralelismos estrechos que podrían reclamar largos desplazamientos personales. El uso de determinados objetos de adorno de origen marino puede reflejar a su vez contactos o intercambios entre puntos lejanos. Después de 11.000 BP en el sur de Italia se desarrolla un estilo artístico francamente esquemático que se prolonga en el Holoceno.

En contraposición a lo que ocurría en la etapa anterior, a partir de 13.000 BP el registro

funerario comprende también niños y mujeres, con cuarenta casos estudiados en una docena de yacimientos. El grupo mayor, en Arene Candide (Liguria), comprende veinte enterrados en el nivel M (12.000 a 10.000 BP), desde recién nacidos a adultos, en un caso un niño de 3 ó 4 años junto a un adulto joven, muerto tiempo atrás, perpetuando la relación que entre ellos existiera. La evidencia de discapacidades soportadas en vida revela también el cuidado y la atención hacia personas que serían poco útiles al grupo. Así mismo se observa al menos un caso de muerte violenta, un niño en Fanciulli con una flecha clavada entre las vértebras.

En estos momentos finales del Epipaleolítico, que alcanzan al 6.500 BP, estamos ante colectivos con estrategias de caza y recolección adaptadas a la variedad de recursos animales y vegetales disponibles. Proyecciones simuladas sugieren que el tamaño de algunos grupos regionales pudo llegar a los 500 componentes a condición de haber establecido un intercambio regular de esposas con áreas externas cercanas. Una población cohesionada además por actividades ceremoniales, con una estructuración social y familiar más compleja, preludio del nuevo orden neolítico, capaz por ejemplo de soportar la carga de individuos no productivos.

El libro analizado constituye un fenomenal repaso del Paleolítico italiano. Planteado desde una perspectiva exhaustiva, que no supone nunca caer en el detallismo que a veces ahoga el interés de algunas síntesis, estamos ante un estimulante complejo de ideas, respaldadas sin duda por un conocimiento minucioso del tema tratado, demostrado ya anteriormente por la autora en *Il Paleolitico e il Mesolitico in Italia* (Biblioteca di Storia Patria, 1992), antecedente directo del volumen que nos ocupa. La información medioambiental y la interpretación de procesos articulan las hipótesis de M. Mussi, que traza uno de los balances más completos y homogéneos que actualmente pueden consultarse sobre el Paleolítico de un territorio extenso, una obra imprescindible para analizar el comportamiento de los cazadores-recolectores pleistocenos del continente europeo.

Manuel Santonja Gómez